

Después del oficio se emprende la procesion ordinaria alrededor del Sepulcro y de la piedra de la Uncion.

A la vuelta, y delante del sepulcro, se recibe la bendicion patriarcal.

A las dos el celebrante lava los pies á doce peregrinos de naciones diferentes, ceñido con una tohalla de lino y acompañado de un diácono y un subdiácono que llevan otras tohallas y el agua en una palangana: el celebrante besa el pie que ha lavado, haciendo en él el signo de la cruz.

Muchos peregrinos pasan la noche en la iglesia del Santo Sepulcro.

#### Viernes Santo.

Las ceremonias y escenas del Viernes Santo me han dejado un extraño recuerdo. El oficio se hizo por la mañana en el Calvario. Así que se terminó, y bien que los latinos tuvieran el derecho de esperar hasta el medio día, se abrieron las puertas de la iglesia. Nada puede dar una idea de lo que ví desde lo alto de una galería. En menos de media hora se halló el templo transformado en una especie de gran hostelería que presentaba el espectáculo mas inimaginable para un hombre que va en línea recta de su pueblo á Jerusalem.

Hay que saber que el gran interés de la Semana Santa para los griegos no es precisamente asistir á la representacion de la Pasion y muerte de Cristo, sino de recibir el sagrado fuego del Sábado Santo. Toda esta multitud de pobres peregrinos que me habia inspirado tanta lástima cuando en largas caravanas desfilaron por la puerta de Belen, esperaba conmovida y palpitante en el átrio y en el barrio inmediato. Jamás llegaré á describir lo que pasó en este momento. En vano lo ensayaré, y por tanto creo lo mejor citar algunas líneas de uno de nuestros correligionarios.

«Cada familia (de la Iglesia Griega) trae sus utensilios domésticos, pues se trata de pasar veinticuatro horas en el Santo Sepulcro para asistir á la ceremonia del sagrado fuego y recibir sus primeros destellos. Los hombres traen esteras, colchones, mantas; las mujeres, con sus hijos en brazos ó tirando de ellos, traen vasijas de barro con agua, olivas, galletas y leche cuajada en cestos de esparto. Todo este gentío se precipita, y en un instante invade el templo.

»Los mas afortunados, los primeros, han estendido ya sus lechos alrededor del monumento del Santo Sepulcro, de donde ha de salir el fuego sagrado; otros se sitúan al pié de las columnas, dejando apenas espacio para la circulacion, que no se hace sino pisándolos. Llena la cúpula, se refugian en el coro de los griegos y en las galerías superiores. En la pa-

red exterior del coro de los griegos se ven grandes armarios elevados tres metros sobre el nivel del suelo. A los escasos rayos de luz que penetran por las ventanas, se ven acurrucadas, apretadas en líneas como los libros de una biblioteca, un gran número de mujeres, que nos recuerdan los ídolos de los templos de la India.

»Ocupada la superficie entera de la iglesia, aun procuran estenderla para hallar un sitio tan deseado, un sitio por el cual han arrostrado tantos peligros y fatigas. Apodéranse de todas las partes salientes de las columnas y de las cornisas, y establecen pequeños tabladros formando plataformas en que pueden aun colocarse por encima de la multitud. Aquí se está á lo menos en mas libertad: entre las columnas, como en una localidad de teatro. Vése continuamente una procesion de hombres, de mujeres, de niños, que traen objetos de campamento. Se come, se fuma, se toma café sin gran tumulto: la policía no tiene que intervenir. Solo al entrar se toma una medida preventiva: se registra á los hombres, y se depositan sus armas, ocultas ó aparentes, en el divan. Pistolas, puñales, yataganes, están allí á la vista en un curioso desorden. Desde la hoja comun, envuelta en una grosera vaina de cuero, hasta el puñal damasquino con la suya de terciopelo y relieves de oro y pedrería.

»Y todos se dejan registrar sin oponer la menor resistencia.»

Mientras que los griegos acampan así en la iglesia del Santo Sepulcro, los latinos oran aun en las estaciones de la Via Dolorosa, y no vuelven al templo hasta la noche para asistir á una procesion, que es en cierto modo todo un drama en accion y dura hasta media noche.

Una figura de bulto representa á Jesus con cabeza y miembros flexibles.

A las seis de la tarde los padres de Tierra Santa salen con este gran Crucifijo de la capilla de la Santa Virgen. Seguidos de fieles y con antorchas en las manos, van cantando alternativamente el *Stabat Mater* y el *Miserere*. Detiéndense sucesivamente en los altares de la *Division del vestido* y del *Oprobio*, donde se recitan las primeras escenas de la Pasion. Después se dirigen hácia el Calvario, y un sacerdote refiere entonces, mostrando el Crucifijo, todo lo que el Hijo de Dios padeció en el Gólgota. Otros sacerdotes toman la divina imágen, la fijan con clavos á una cruz y la plantan en el mismo agujero en que se plantaba en otro tiempo el árbol divino de la humana redencion. La relacion del drama continúa. La voz del predicador se sofoca entre los gritos y sollozos, no sólo de los presentes, sino tambien de los que están en el fondo de la iglesia. Por mucho tiempo no se oye mas que este ruido doloroso arriba y

abajo, debilitándose ó creciendo como á ráfagas en la vasta estension del santuario. Finalmente, un religioso se acerca á la cruz, trayendo en una mano un martillo y en otra unas tenazas. Primero arranca la corona de espinas, en cuyo momento se inclina la cabeza de Jesús; después los clavos de las manos, que caen á lo largo del cuerpo; últimamente, los clavos de los pies, deslizándose el cuerpo en lienzos que tienen otros religiosos. La procesion entonces se pone en movimiento, llevando el sagrado cuerpo á la piedra de la Uncion, donde prosigue el drama imitativo. Un paño blanco cubre el mármol rojo, en cuyos cuatro ángulos hay unos vasos de perfumes. Un sacerdote los derrama en el cuerpo, envuelto en un sudario, y quema aromas, recordando las palabras del Evangelio. Por último, se deposita el Cristo, entre lamentaciones dolorosas, en el interior del Santo Sepulcro, sobre el mármol que lo cubre.

#### Sábado Santo.

El Sábado Santo no es fácil á los latinos penetrar en la iglesia. Por lo demás las ceremonias del culto Ortodoxo no difieren de las que se renuevan anualmente en nuestros templos. Lo mas notable de este día es la distribucion del fuego sagrado á los griegos. Hé aquí cómo describe esta ceremonia un escritor distinguido:

«Las puertas están cerradas y esperamos bajo un sol ardiente y rodeados de griegos, con un manojo de pequeñas antorchas reunidas en la mano á modo de fascas. Una fila de soldados, continuamente rota, se esfuerza en mantener el orden de la puerta. No escasean los golpes, dándolos ligeramente en la cabeza, con mas intencion en la espalda, con palos, y aun con las bayonetas-sables de sus fusiles. Aunque á nosotros nos respetan, hay que tener cuidado para que no se nos confunda con la multitud, y después de una hora de espera, se abre por fin la puerta y se establece una doble corriente del interior y del exterior igualmente apiñadas, queriendo unos salir y otros entrar. El cónsul de Francia, precedido de sus kavas que esgrimen sus palos golpeando á derecha é izquierda para abrirse paso, se lanza en medio del tumulto protegiendo con su brazo á las religiosas de San José. Las puertas se vuelven á cerrar y á abrir de nuevo: nosotros nos precipitamos y logramos entrar no sin contusiones con un grupo de ingleses. Subimos rápidamente á las galerías superiores y colocados en las tribunas de la galería alta, cuya mitad únicamente pertenece á los latinos penetramos y dominamos el templo que nos ofrece un espectáculo singular.

La cúpula está llena de hombres, griegos, armenios, cophtos, abisinios, negros, indios, de todos los paises, de todos los colores, de los trajes mas raros. Algunos solo tienen camisa y calzoncillos y van des-

calzos de pie y pierna, y aun con los brazos desnudos: para no perder su sitio se agarran á la pared ó á sus mas inmediatos; otros se enlazan del brazo para mantenerse firmes en las violentas oscilaciones de un flujo y reflujo continuo comparable solamente á una marejada. Muchos árabes, mas audaces que los otros se colocan en los rebordes de los capiteles de las columnas donde se tienen de pie pegados á sus cañas, gracias á sus cinturones y turbantes con que hacen flexibles anillos en los cuales se balancean.

En fin, á las dos, el bajá acaba de llegar para la ceremonia: oyense los primeros cantos nasales de griegos y armenios; los soldados golpean para dar lugar á la procesion haciendo con gran dificultad un vacío en medio de la completa muchedumbre. En esta multitud se desliza el clero griego á banderas desplegadas. Se dan dos vueltas alrededor del Santo Sepulcro, y el obispo griego que oficia, llamado por consiguiente *el obispo del fuego*, se encierra solo dentro de él con dos antorchas después de haberse despojado de todos sus ornamentos.

Asegúrase que no conserva mas que un solo vestido blanco, á fin de soportar el calor abrasador del fuego celeste.

Algunos instantes pasan y el fuego sagrado aparece en las dos aberturas ovals hechas en el espesor del muro á los lados de la capilla del Angel que precede al Santo Sepulcro, á la derecha para los griegos, á la izquierda para los armenios. Un hombre encorvado hasta la tierra y que trae una antorcha que acaba de encender, se precipita para depositarlo en el altar de los armenios y comunicarlo á la multitud: otro penetra en uno de los pequeños reductos de los cophtos y de los sirios, y en el instante se propaga el fuego á las galerías superiores, contribuyendo á solemnizar el acto, los gritos de los concurrentes y el estrépito de las campanas. Los armenios obtienen así el primer destello del fuego; los griegos lo reciben al mismo tiempo, pero en su apresuramiento por comunicárselo, lo apagan, aunque lo toman varias veces. Finalmente, todo un lado de la iglesia, el lado armenio ya iluminado, comienza á resplandecer en medio de los gritos, del ruido de las campanas y de una nube de humo.

En cuanto al obispo, sale desencajado del sepulcro, con la vista estraviada, cubierto con una simple camisa, armado de sus dos antorchas, sobre las cuales se precipitan los demás con tanto furor, que abandonándolo todo y encorvándose hácia el suelo para sustraerse á la violencia de la multitud, se salva penetrando en el coro.

Una vez en posesion del fuego sagrado, los griegos, los armenios, hombres y mujeres, le hacen pasar por todas las partes del cuerpo para purificarse. Los hombres se pasan rápidamente la llama de los



fascas de antorchas que han recibido el fuego sagrado, por la barba, el cuello y el pecho, con la pretension de ser inofensivo; las mujeres los imitan con mas entusiasmo aun; diríase que eran bacantes bajo la influencia del dios. Asistimos á una fiesta pagana, á una saturnal antigua, de las cuales las artes, la pintura y la escultura nos han conservado tantos recuerdos.»

Nuestra Iglesia Católica no cree en este milagro del fuego, cuyo privilegio se atribuye la Iglesia griega.

Cuéntase que hácia el año 1825 le ocurrió al bajá de Damasco el capricho de encerrarse en el Santo Sepulcro con el patriarca griego para ver el milagro por sus propios ojos. Grande fue el embarazo del patriarca: dicen que temblaba como un azogado y que procuraba buscar el medio de ilusionar al infiel, pero el bajá contrariaba todos sus esfuerzos. Entre tanto el tiempo corria y la gente comenzaba á pedir á voces y con cierto furor el fuego sagrado. El patriarca, cubierto de un sudor frio, se arrojó á los pies del turco y confesó que aquello era una mistificación. El turco hubo de irritarse, pero el patriarca entonces empleó un argumento que lo apaciguó súbita y completamente.

«Si suprimimos, le dijo, el fuego sagrado, el número de los peregrinos griegos se reduciría muy luego al de los latinos. Sin peregrinos no habría dinero, ni para tí, ni para nosotros. Y entonces ¿qué sería de Jerusalem?»

Domingo de Resurreccion.

Este día los latinos quedan casi solos orando en la iglesia del Santo Sepulcro. Celébranse los maitines á media noche y el oficio comienza á las ocho y concluye á las doce del día. Solo un detalle de la solemnidad de este día tiene un carácter particular. Los fieles vienen á poner palmas en el Santo Sepulcro, recobrándolas luego que están bendecidas.

Los griegos se dispersan por la ciudad y el valle de Josafat, poniéndose luego en camino hácia Belén ó el Jordan: para ellos todo está concluido desde que reciben el fuego sagrado. Pero no se alejan de la Palestina sin llevar pruebas materiales de su peregrinacion, á cuyo efecto piden certificados que les espiden los religiosos. Algunos se hacen dibujar en los brazos ó en el pecho con agujas y pólvora los atributos de la Pasion, la cruz, la lanza la y cifra de Jesus y María.

#### IV.

Inmersiones en el Jordan.—El Mar Muerto.—Regreso.

Hé aquí los recuerdos que á mi parecer pueden ser mas interesantes. No he permanecido mucho tiempo

en la Palestina y nuestra excursion al Jordan tendría ciertamente poco interés para los lectores, despues de lo que ya les he dicho. Solo añadiré que encontramos otra vez una de las caravanas griegas á la orilla del rio. De todo el curso del Jordan solamente los atrae un punto: el lugar en que San Juan bautizó á Cristo. Está situado á tres horas de camino cerca del Mar Muerto, y el lecho del rio es muy ancho.

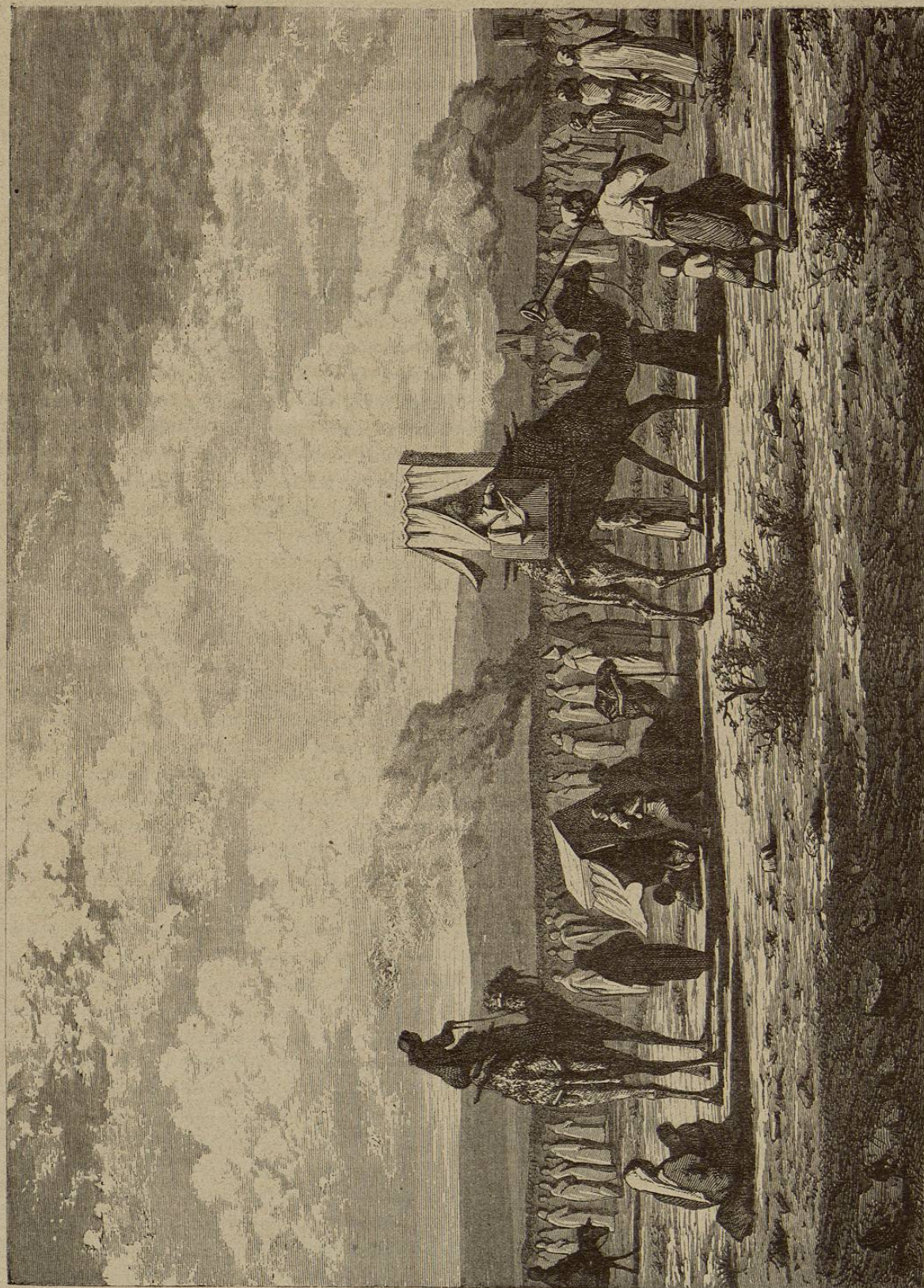
Desde lejos vimos venir los peregrinos con gritos de júbilo. Despojábanse de sus vestidos y tanta prisa se daban en tirarse al agua, que faltó poco para que algunos se ahogaran. Pero se asegura que otros años ha sido causa de muchas desgracias esta impremeditacion.

Cada peregrino metia tres veces la cabeza en el agua haciendo la señal de la cruz, y todos bebían en abundancia no para extinguir la sed, sino para purificarse interiormente agrupándose ante los sacerdotes que les echaban agua en la cabeza. Observé que muchos de ellos mojaban un paño blanco repetidas veces en la corriente. Este trapo es el destinado á servirles un día de sudario. Lo habían traído los pobres de su patria, y ya en Jerusalem lo habían tocado alternativamente en el Santo Sepulcro y en el Calvario, habiéndolo aproximado tambien al fuego sagrado.

El Mar Muerto no es punto de peregrinacion sino para los sabios ó curiosos. Sus tristes orillas, áridas, desnudas en casi toda su estension, solo ofrecen algunos bosquecillos de cañas gruesas como arbustos. Nadie intentará celebrar sus encantos haciendo de estos lugares un eden ó un valle de Tempé. Dícese que á veces algunas bandadas de pájaros, golondrinas ó patos salvajes atraviesan sus aguas tristemente serenas y límpidas, que no exhalan, como se creía, emanaciones mefíticas. Yo por mí no he observado si uno es empujado ó no á la superficie, cuando quiere nadar en sus aguas, pues confieso que no he querido esponerme á todos los sufrimientos que son, segun dicen, el castigo inevitable de tan temeraria esperiencia á saber: comezon, irritaciones, adherencia á la piel de partículas salinas ó viscosas. He preferido referirme á otros mas curiosos que yo. Y ¡cosa singular! el médico G. cree que han de establecerse en la orilla del Mar Muerto todas las termas del universo. «Un día, dice, el Mar Muerto dará la vida.»

Ahora bien, permítaseme que en pocas palabras resuma lo que pienso despues de mi regreso.

Me siento verdaderamente mas tranquilo y mas á mi gusto orando en la humilde iglesia inmediata á mi habitacion que en el tumulto del templo del Santo Sepulcro. Sin embargo, este viaje es y será para mí uno de los mas grandes acontecimientos de mi vida. En aquella tierra, que no se pisará nunca con indiferencia, esperímenté en las mas íntimas profundidades de mi alma impresiones que no había cono-



Caravana de peregrinos griegos hácia Jerusalem.

cido jamás; y no sé si á pesar de la proximidad de la vejez y del encanto de mis hábitos pacíficos, resistiré algun día al deseo de arrostrar otra vez ferrocarriles, borrascas, mal hospedaje, fanatismo griego,

brutalidad turca y todo lo demás. Pero declaro que la tentacion sería mas fuerte aun, si la Palestina se convirtiese un día, como lo deseo, en una dependencia católica.—

X.